

José Ricardo Morales Malva

## DISCURSO DE RECEPCIÓN

del Miembro Honorario

Don Gonzalo Rojas

Santiago, 4 de noviembre de 2002

Los dos caminos habitualmente recorridos en ocasiones como ésta, hoy dedicada al reconocimiento del poeta excepcional que es Gonzalo Rojas, me están definitivamente vedados. Porque el primero de ellos, consistente en exponer "el curso de tu vida en un discurso" -dicho sea con las palabras que Gracián dirige a su lector, para significarle cuanto entendemos como el *curriculum vitae*-, no me es posible emprenderlo, pues dada la premura a que me encuentro sometido en el acto, en este acto, opuesta y en contraste con la extensión y riqueza de una vida tan plena como la de Gonzalo Rojas, hará que el buen propósito con que nos convocaron -el de enunciar su trayectoria y apreciarla- quede obligadamente reducido a ser un simple anuncio.

Por ello, aunque las muchas aportaciones efectuadas por nuestro poeta permiten certificar que se merece con creces la condición de Académico Honorario que ahora se le otorga, deberé abstenerme de exponerlas, no sólo para evitar la consabida literatura de circunstancias que se prodiga en estos casos, sino porque no hay nada más anacrónico que la crónica, confundida por muchos con la historia.

De manera que si la posibilidad de reducir una vida caudal a la escueta enumeración de sus hechos y dichos se me presenta negada, el otro recurso al que suele acudir en situaciones semejantes no sólo me está vedado, sino que se encuentra vetado por la generalidad de los autores. Me refiero a la somera exposición de sus obras, efectuada a la manera de las antiguas didascalias, con las que se antecedió y condensaba el texto de algunas tragedias clásicas. Sin embargo, la reduplicación supuesta en el término didascalia, tanto como la función explicativa que desempeña, parecerían indicar que una obra no es bastante por sí misma, considerándola menesterosa de cierta argumentación adjunta que le dé pleno sentido.

Digo esto, porque "argüir", contra la opinión corriente, no consiste en oponer unos conceptos a otros, sino que, más bien, supone 'poner en claro' aquello de que se trate, ya que *argós*, en el griego, significa la blancura deslumbrante,

una noción que subsiste en el *argentum* latino, referente al blanco brillo de la plata, o en la *argile* con que se nombra en francés a la cándida materia que forma la porcelana. Por ello en el castellano decimos "hablar en plata", cuando se debe hablar claro y sin ambages. No es otra mi obligación, así que trataré de "hablar en plata". Primero, sobre por qué los autores descartan habitualmente las explicaciones dadas a sus obras, al asignárseles determinados sentidos que no suelen compartir. La razón de esta actitud seguramente se encuentra en que *una obra será mucho más que todas sus interpretaciones juntas, dado que puede ocasionar otras distintas*.

Bien lo sabe Gonzalo, pues desde su primer libro, en el poema "La lepra", denuncia con toda la saña concebible ese saber vacío del que se hace gala en determinadas cátedras, ya que en ellas se efectúa el descuartizamiento más despiadado y sistemático de los textos estudiados, con el que se termina por convertir la obra viva en un despojo sanguinolento, anticipándose el verso a la pintura descarnada que practicó Francis Bacon. Para corroborar su posición, Gonzalo Rojas, en el poema "Los letrados" nos asegura que estos "lo explican todo"; y aún más, diferenciándose de ellos, en una entrevista próxima -una entreoída, más bien- declaró que los versos conclusivos de uno de sus poemas él no lograba entenderlos... Para cerrar esta pugna entre el autor y sus jueces, aun recuerdo que Juan Rulfo, en situación parecida, me confió amistosamente: "Yo, a *Pedro Páramo* todavía no lo entiendo. Espero que alguna vez me lo explicarán los críticos..." ¿A qué seguir en el tema, después de cuanto llevo expuesto? Sin ironías de ninguna especie, convengamos en que toda obra que "sea" rechazará de continuo aquellas explicaciones que pretenden endosarle, pues siempre consistirá en ser una implicación que exige adentrarse en ella, dejándonos, a la par que sorprendidos, prendidos, si no prendados, de cuanto lleva consigo. Incluso, con mayor motivo, dicha interiorización se requiere en la poesía, sobre todo, cuando llevaba a su extremo logra darle la palabra a lo inefable.

De ahí que precaviéndose contra las habituales pretensiones de explicar lo inexplicable, una escritora reciente, Susan Sontag, tan lúcida como lúcida, en un libro titulado *Contra la interpretación*, sostuvo decididamente que "en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte". ¿No será éste el intento capital que propició Gonzalo Rojas en toda la extensión de su poesía, desde aquellos años mozos en que nos hermanamos, tanto en trabajos y en obra como en nuestras posiciones conflictivas con el mundo, la injusticia, los regímenes de fuerza y aun con las "ideolatrías", un término que acuñé contra las ideas degradadas en fáciles ideologías, que exigían, ante todo, una adoración a ciegas?

Como quiera que sea, con respecto al erotismo mencionado, desde hace largos años consideré a la lectura como una especie de coito -no se alarmen-, entendiéndola en el sentido de un *co-ire*, de un "ir juntos", conjuntándose mediante ella la obra con el lector, para llegar a ser "uno". De manera que el fuego

y el vuelo eróticos, prodigados por Gonzalo en la considerable latitud de su obra -pues no sólo se presentan en la fruición de los cuerpos, sino que son respectivos a la miseria, al destierro y a la muerte de los hombres-, dado que se convirtieron en un rasgo dominante en su poesía, requieren una aproximación hacia ésta de índole muy distinta a las habitualmente practicadas, en las que predomina, sobre todo, un cierto positivismo rezagado, del que no es necesario hacer caudal. Porque el sorprendente *co-ire* provocado por los versos de Gonzalo Rojas, dotado de una inesperada y constante suspensión en sus secuencias, ocasiona una manera de *coitus-interruptus*, ya que suelen ocultar aquello que nos aguarda en la próxima esquina de la obra, adueñándose de su lector la mayor perplejidad posible. Pero que no vengan a decirnos que la tensión producida por el corte sorprendente de las ideas en curso -debidamente, sin duda alguna, a la excepcional capacidad imaginaria del autor- procede, como se ha repetido, de que Rojas padeció asma en sus años juveniles. Si así fuese, la relación entre la asfixia y un texto entrecortado, jadeante, también tendría lugar en la obra del más acreditado de los asmáticos: Marcel Proust. Sin embargo, la dilatada extensión de los períodos que este empleó en sus textos -a la manera de algunos clásicos latinos- y la considerable complejidad de las secuencias imbricadas en ellos, desmienten rotundamente esa supuesta explicación de la índole de una obra poética, dejándola subordinada a cierta patología. Por añadidura, tampoco cabe distribuir el encabalgamiento de muchos versos de Gonzalo Rojas -como se supuso- a que su buen padre, minero de escasos medios, le regaló un caballo blanco en su niñez... Dichas explicaciones sobran, pues la obra del poeta, con su hallazgos y particularidades, es propiedad del autor, encontrándose entre los atributos de éste el de poseer un pensamiento riguroso y único, pues su poesía es, ante todo, "cosa mental", materia de pensamiento, una ideación absoluta.

Tanto es así, que inclusive el disfrute gozoso de los cuerpos, pese a su manifiesta lubricidad, concluyó por trascenderlo en su poesía, sublimándolo a la manera de un Juan de Yepes o del mejor Quevedo, dándonos que pensar. Por otra parte, en la obra de nuestro "místico concupiscente", según se denominó Gonzalo Rojas, resuenan determinados ecos de los grandes poetas árabe-andaluces, en los que su refinado hedonismo suele asociarse a la ruptura sorprendente del trazo mental significado por el verso. Si a todo ello se une el empleo de los arcaísmos más remotos de nuestro idioma, en reaparición continua sobre diversos asuntos del presente convendremos en que la poesía de este autor responde a la idea de que en un mundo en el que todos pretenden ser originales, la originalidad mayor consiste en rescatar nuestro origen, dándole renovada actualidad, haciéndolo así actuante. No en vano, en la poesía de Gonzalo Rojas resurge la castellanía más profunda, aquella que todavía perdura en el habla rural de nuestro pueblo, de la que también procede la inconfundible radicalidad

de algunos magnos poetas de esta tierra, entre los que Gonzalo Rojas figura por derecho propio.

Con todo ello, la muy honrosa incorporación de Gonzalo Rojas a la Academia Chilena de la Lengua ha de inducirnos a reconocer que si una obra tan extremada como la suya no cabe resumirla en dos palabras, a diferencia de esto nos exige reasumirla en función de supuestos muy otros que los habitualmente puestos en juego para su interpretación. De manera que aunque el pago de una deuda puede ser, en cierto modo -que no puede ser más cierto-, el significado real de esta incorporación, dicha deuda nunca quedará saldada si no emprendemos la tarea de convertir la carga afectiva que aquí prodigamos a Gonzalo Rojas en una comprensión más efectiva y abierta de su obra, haciéndola así condigna del erotismo pensante significado en sus escritos.

Aun cuando, por otra parte, se hace oportuno restablecer que la Academia, en vez de acrecentar su acervo únicamente con la sapiencia de los tecnólogos, en cuanto rigurosos hacedores de diccionarios, también conoce la necesidad de incluir la singularidad de sus aportaciones. De esta manera, al destacar a quienes renuevan nuestras voces, las validan, oponiéndose a la invasión de otras lenguas que privan a la nuestra de su condición de idioma, dejándola sin *idios* o particularidad pensante y hablante. Ante la peligrosa aparición de los lenguajes sin idioma o singularidad, que actualmente nos agobian, negándose con ello nuestra idiosincrasia, me pareció imprescindible "hablar en plata", diciéndoles que exaltar a un poeta, según sucede en esta ocasión, puede considerarse como un acto de defensa propia, ya que la propiedad del idioma, en el doble sentido de la limpieza de su uso y de su clara posesión, representa una parte inalienable de nosotros mismos. Así entendida, la obra fabulosa de Gonzalo Rojas no sólo se merece el renovado conocimiento aquí propuesto, sino el más limpio reconocimiento que ahora le ofrecemos, entendiéndolo como la gratitud y el aprecio debidos a sus considerables aportaciones poéticas, pues nos permiten comprender a su modo qué y quiénes somos.